



# Capítulo 1

**Un ojo morado... ¡Estupendo!**

Raven Stone se observaba en el espejo, estudiando con atención el incipiente magullón. ¡Ay! La luz titilaba sobre el lavabo, generando en su reflejo un parpadeo semejante al cierre de transmisión de un antiguo canal de noticias. El grifo chirriaba con protesta mientras ella humedecía el frío vendaje.

–Parece que tuvieras siete años –le dijo a su doble reflejado en el espejo.

Los años de rodillas raspadas y heridas menores propias de los recreos escolares habían quedado atrás. En este momento, Raven sentía más humillación que dolor. Tomó un pequeño rizo de su ondulado cabello negro para colocarlo sobre su rostro, pero este regresó inmediatamente a su sitio, negándose a ocultar la sombra que rodeaba el ojo izquierdo. Se preguntaba si podría esconderse en su habitación hasta que la herida desapareciera por completo...

Imposible, ya que los estudiantes debían asistir a la cena de regreso y su ausencia se notaría. De todos modos, no les daría a sus enemigos la satisfacción de haberse librado de ella tan

fácilmente. La cobardía no formaba parte de su personalidad y su fuerte orgullo tampoco le cedería el paso.

Luego de quitarse la ropa de tenis, se envolvió en un alboroz de toalla y arrojó las prendas sucias dentro de la cesta junto a la puerta. Le resultaba muy difícil cumplir con su promesa de mantenerse fuerte. Era más sencillo cuando contaba con el apoyo de su amiga. Pero, lamentablemente, la segunda cama de la habitación se encontraba vacía, sin rastros de maletas ni pertenencias desparramadas como esperaba. ¿Qué estaría retrasando a Gina? Ella era la única persona con la que quería hablar de lo que había ocurrido. Raven se desplomó sobre la litera. ¿Cómo era posible que su situación hubiera cambiado en tan solo unas horas? Antes del ojo morado, su vida había transcurrido con tranquilidad y los tiempos arduos parecían haber quedado atrás. Westron había sido un sitio extraño por momentos, a causa del énfasis que la directora Bain ponía en la salud y en la familia de los alumnos; sin embargo, con la compañía de Gina, Raven había logrado tomarse a broma todos aquellos disparates. Habría afirmado que nadie en la escuela le deseaba el mal. A pesar de haber ingresado gracias a que su abuelo formaba parte del personal, los otros estudiantes no parecían tomar partido en su contra. Sin embargo, ya sabía la verdad.

Aquella constatación completamente inesperada, como el tornado que trasladó la casa de Dorothy hacia Oz, se había producido en el mismo instante en el que Raven había abierto la puerta del vestuario y todo se había precipitado por el camino de las baldosas amarillas en dirección a la Ciudad Estrafalaria.

—¡Oye! ¿Dónde está mi bolso *Chloé*? —la pregunta de Hedda aparentaba ser tan... *común y corriente*.

Las otras chicas allí presentes, que se preparaban para la competencia de tenis, habían inspeccionado rápidamente sus pertenencias. Raven no se había molestado en hacerlo, ya que su bolsa deportiva, una imitación de un obsequio de alguna compañía aérea, era demasiado pequeña como para albergar el voluminoso sobre de cuero gris. Hedda había alardeado sobre él toda la mañana, cual pescador mostrando su preciada captura. La refinada y reluciente superficie había brillado como una trucha de mar bajo sus elegantes dedos: *¡No creerían cuánto me ha costado a pesar de tener tantos bolsillos!* Aquel precio que Hedda consideraba bajo era mayor de lo que ganaba por mes el abuelo de Raven trabajando como conserje escolar. Algo tan absurdamente costoso tenía que ser una estafa.

—Oye, te estoy hablando a ti, Stone.

Raven sintió un agudo tirón en el codo. Como estaba arreglando su calzado, apoyada sobre un solo pie, perdió rápidamente el equilibrio. ¿Por qué la llamaba por su apellido?

—¡Hedda, ten cuidado! Casi me haces caer.

Raven logró incorporarse con la ayuda de la malla metálica que dividía los vestuarios. La extremada delgadez de la chica y su abundante cabellera color vino tinto le traían a la mente la imagen de un Setter rojo con una nariz puntiaguda apuntando a las rebajas de los negocios. Una pequeña cicatriz en la barbilla le imprimía carácter a su expresión.

—¿Dónde lo ocultaste? —preguntó Hedda, con las manos sobre sus caderas.

—¿Qué?! —Raven estaba demasiado sorprendida como para comprender la acusación—. ¿Yo?

–Sí, tú. No soy estúpida, noté cómo lo mirabas... Tenía mi teléfono, mi maquillaje... todas mis pertenencias se encontraban dentro de esa bolsa.

Raven intentó controlar su genio e ignorar la acusación carente de pruebas. Ya había tenido demasiadas situaciones como aquella antes de mudarse al Reino Unido, así que optó por la sensatez.

–Yo no he hecho nada, ¿dónde lo viste por última vez?

–En la mesa del comedor. No finjas no saber lo que ha ocurrido.

Las otras chicas permanecían en silencio presenciando la discusión. A pesar de que sabía que era inocente, un rubor de remordimiento inundó su rostro. De inmediato, rememoró la sensación de enfrentarse al director de su antigua escuela y se sintió inquietamente invadida por un *déjà vu*.

–Disculpa, ¿estás insinuando que yo lo he robado?

Hedda inclinó la cabeza y la miró por arriba de su larga nariz.

–No lo insinúo... Sé que me lo has quitado.

Raven dejó a un lado el pasado y se concentró en la acusadora. ¿Qué demonios le habría sucedido a Hedda? Se había ausentado la mayor parte del último trimestre y había regresado con lo que parecía un trasplante de personalidad: antes, era insegura y un poco irritante; ahora, una completa perra. Raven se obligó a sí misma a no echarse atrás. Ya había enfrentado varias acusaciones falsas, pero ahora no era una niña pequeña y traumatizada. ¿Qué era lo peor que podría hacerle? ¿Agitar una varita de maquillaje frente a ella?

–¿Piensas que yo lo he tomado? ¿Qué pruebas tienes? ¿El hecho de que le eché un vistazo? *Mirar* no significa *robar*.

Raven apeló a las otras chicas, esperando encontrar alguna aliada que también considerara absurda aquella incriminación. Sin embargo, le devolvieron la mirada con expresión vigilante y cuidadosamente neutral. *Vaya, gracias, amigas.*

–No tiene sentido que te defiendas. Durante el último trimestre han desaparecido muchas cosas –dijo Toni, una de las amigas de Hedda, uniéndose a la conversación.

–Yo no tuve nada que ver con eso. De hecho, también perdí algunas de mis pertenencias.

–Todos notamos que desaparecían pequeñas cosas, pero no quisimos... –dijo ignorando el comentario de Raven–. *Suponíamos* que eras tú la culpable; sin embargo, sentíamos pena por ti, entonces... –hizo un gesto con las manos en señal de que aquella tolerancia se había limitado *al trimestre anterior* y no *al presente*.

–¿Sentían lástima por mí? –Raven rio nerviosa. Algo que jamás había querido en la vida era la compasión de los demás, ni siquiera en su peor momento, luego de perder a sus padres.

–Pero ¿llevarte mi nuevo bolso *Chloé*? Has ido demasiado lejos. Devuélvemelo, Stone –exigió Hedda, amenazante.

*Completamente ridículo.* Raven le dio la espalda.

–Tu abuelo tiene un auto nuevo... si es que podemos incluir a un *Škoda* dentro de esa categoría.

Toni lanzó un resoplido, y Raven sintió un arrebato de ira: criticarla a ella era una cosa, pero si culpaban a su abuelo, ¡se meterían en problemas!

–Entonces... ¿quieren decir que yo robo a los ricos para darle a los pobres? ¿Cómo no había pensado en eso? –la ironía de Raven se esfumó por las palabras de Hedda.

–¡Deja de negarlo! Quiero mi bolso y lo quiero ahora mismo.

Deseando que, al ignorar el ataque infantil, Hedda se retrac-tara, Raven sacudió la cabeza y buscó una cinta en el bolsillo para sujetarse el cabello.

–¡No te atrevas a ignorarme!

Con un gruñido furioso, la empujó fuertemente contra la malla, provocando que el rabillo de su ojo golpeará con una pinza. A pesar de que el gancho sostenía varias prendas, Raven sintió un repentino mareo. Dándose una palmada en el rostro, giró a punto de perder el control.

–Mira, Hedda, ¡yo no tengo tu estúpido bolso! –de inmedia-to, adoptó la postura defensiva que le habían enseñado. Sabía que debía ser cuidadosa, ya que era capaz de hacer mucho daño con el entrenamiento de autodefensa que su padre había insis-tido en que tomara. Le había resultado muy útil para ahuyentar a los depredadores que deambulaban por los corredores de la escuela pública americana, pero había creído que no lo necesi-taría en la refinada Westron, donde además no quería perjudi-car su reputación.

–¡Sí, lo tienes! –Hedda volvió a darle un fuerte empujón sobre el pecho, de manera tal que la espalda de Raven dio nuevamente contra la malla. Una de las estudiantes rio con nerviosismo, y dos de ellas salieron en busca de la profesora de Educación Física.

Todo aquello era más que suficiente. Era hora de que Hedda comprendiera que había una chica a la que no podía maltratar.

–¡Ya estoy cansada de tus acusaciones idiotas! –dijo Raven, impulsándola hacia atrás nuevamente, haciendo uso de la mis-ma fuerza que había utilizado contra ella.

Inmediatamente después, Hedda le jaló el cabello. Gran error.

–¡Déjame en paz! –Raven sujetó la muñeca de su adversaria, retorciéndola fuertemente con uno de los movimientos de defensa personal que tanto conocía.

Pero no era una pelea justa: Toni le arrebató un mechón de cabello desde atrás y tiró con todas sus fuerzas, rasguñándole el cuello. Raven apartó rápidamente a Hedda con el fin de librarse de Toni y, dándole un golpe en el codo, le dejó el brazo adormecido. Una vez liberada, tomó la raqueta de tenis y la colocó frente a ella, cual espada, para mantener distancia con sus agresoras.

–Tócame una vez más y lo lamentarás.

–Déjala, Hedda. Está hablando en serio –dijo Toni, echándose hacia atrás mientras agitaba la mano.

Pero Hedda no se daba por vencida. Abandonó el ataque directo y se dirigió hacia donde se encontraban las pertenencias de Raven.

–Creías que podías robarme, ¿cierto?

Abrió su bolsa deportiva y arrojó todo el contenido. El teléfono móvil de Raven cayó al suelo haciéndose añicos.

–¡Ahí lo tienes! ¡Qué te parece, idiota!

–¡¿Qué?! ¡No! –dejando a un lado la raqueta, Raven se inclinó para recolectar las piezas del teléfono antes de que alguien las pisara. Seguramente tenía arreglo... debía tenerlo.

Hedda completó la venganza lanzándole la bolsa vacía sobre el rostro.

–Esto te enseñará a no robar. Todavía quiero que me devuelvas mi bolso –dijo, y en ese momento la puerta se abrió de un golpe.



–¿Qué está pasando aquí? –la profesora Peel, encargada de Educación Física, había llegado y se encontraba con los brazos cruzados junto a la entrada.

Repentinamente, todas las estudiantes simularon estar ocupadas, al igual que un *flash mob* fundiéndose en la multitud.

–Raven dejó caer su teléfono –dijo Toni con malicia.

–¡No es justo! ¡Todas vieron que Hedda lo arrojó! –protestó Raven. Pero nadie salió en su defensa, afrenta que luego debería absorber cuando nadie viera la herida–. ¡Lanzó mis pertenencias al suelo porque piensa que yo he robado su bolso!

–No me interesan ni los bolsos ni los teléfonos –expresó la profesora Peel mientras cruzaba nuevamente los brazos–. Me han dicho que aquí había una pelea.

Hedda le pasó a Toni una raqueta de tenis.

–No. Solamente Stone montando un alboroto –alzó la vista en señal de que aquella situación era recurrente.

La profesora echó un vistazo a Raven que estaba sosteniendo los restos de su ahora difunto teléfono.

–Te hemos mencionado reiteradas veces que el colegio no se hace responsable de las pertenencias personales. Estos teléfonos son una plaga, estaríamos muchísimo mejor si estuvieran prohibidos. Apresúrense a salir, todas ustedes.

Las chicas obedecieron rápidamente, dejándo a Raven colmada de furia.



Las esperanzas de Raven de disfrutar de una aliada se vieron frustradas cuando Gina no se presentó a la cena. Probablemente,



su amiga le habría enviado un mensaje explicándole su retraso, pero con el teléfono averiado, ¿cómo iba a saberlo? Puso las piezas desarmadas del celular dentro del estuche de cosméticos y lo cerró, cual policía guardando a la víctima en la bolsa para transportar cadáveres. ¿Qué podría hacer para repararlo?

Su abuelo acababa de hacer el depósito del auto nuevo y, además, tenía dinero limitado para pagar los gastos mensuales; ya le había advertido que no dispondrían de efectivo extra durante un tiempo. Le había prometido que le enseñaría a conducir, lo cual demostraba que había adquirido el coche pensando en ella, ya que el anterior era demasiado antiguo e inestable para una principiante. Realmente no podía acudir a él con este problema. Colocó el teléfono moribundo en una gaveta. Aquel aparato no tenía seguro contra daños accidentales. La vida era casi inimaginable sin un celular. Quedaría más excluida del círculo de lo que ya estaba, y todos sabían que a los estudiantes de Westron que les ocurría algo semejante eran rápidamente transferidos a otro instituto. Aquel no era un sitio amistoso para los marginados.

Está bien. Por lo tanto debía hallar una manera de ganar el dinero suficiente para repararlo si es que Hedda no cambiaba de opinión y asumía la responsabilidad por el acto de vandalismo. *Sí, claro, como si eso fuera a ocurrir.*

Raven lanzó una maldición mientras pateaba el cesto de basura. ¡Qué injusticia! No serviría de nada denunciar lo sucedido frente a la directora de la escuela, ya que jamás tomaría partido por un alumno becado contra uno que pagaba la cuota todos los meses.

*Respira hondo, Stone.* Apoyada sobre el alféizar de la ventana, dejó su cabeza colgando entre los brazos. Un cuervo –como su nombre– graznaba mientras brincaba y aleteaba desprolijamente a lo largo de las almenas del viejo castillo que servía de escuela. El sonido que pasaba rozando por sus oídos era una distracción de la vorágine de dolor e ira que la inundaba. No era para tanto. Lo superaría como siempre lo había hecho. Ese hecho era insignificante en comparación con la muerte de su madre a causa del cáncer y de su padre por culpa de Afganistán.

*Lo siento muchísimo por tu pérdida* era la frase que la gente solía decir, como si ella hubiera extraviado a sus padres. Todos la repetían, por supuesto, porque las palabras no eran suficientes y aquella era la frase que la sociedad había establecido para tales situaciones. Sin embargo, había momentos en los que Raven deseaba que alguien le hubiera dicho: *Lamento profundamente que tu madre y tu padre hayan muerto.* Tal como había sido: horrible, angustiante y desgarrador. No una pérdida, sino un profundo hueco en el centro de su ser.

Su madre se había ido primero y, luego de la muerte de su padre, la vida de Raven había cambiado por completo, dando lugar a un terrible período de transición, durante el cual las autoridades discutían acerca de su porvenir. Su abuelo no había estado presente, ya que había sufrido un ataque cardíaco y se encontraba en un hospital en Inglaterra. Por lo tanto, el asistente social que se ocupaba de su caso la había ubicado con una familia de militares amigos de sus padres, sin advertir que el matrimonio estaba atravesando una tormentosa crisis. Como consecuencia, la atribulada niña de trece años sin contención emocional se convirtió en el objeto

de maltrato del hijo de quince años. Jimmy Bolton parecía un chico inocente y encantador, pero detrás de su rostro naif, ocultaba una naturaleza maliciosa. En aquella casa era donde había aprendido a correr velozmente y, cuando no lo lograba, a defenderse con astucia. Sus antiguas clases de defensa personal se habían convertido en tácticas diarias de supervivencia. Ni siquiera durante el día podía evitar a Jimmy, porque él pertenecía al Departamento Senior de su secundario. Aquel establecimiento era diametralmente opuesto a Westron: estaba mal financiado, los profesores siempre se encontraban agobiados y los estudiantes carecían de ambición. Los alumnos se dedicaban a resistir y sobrevivir más que a estudiar. Cuando su abuelo se recuperó lo suficiente como para ser su tutor, Raven imaginó que venir a Westron sería semejante a mudarse al paraíso; con sus jardines y su antiguo edificio parecía el sitio perfecto. Pero incluso el Edén tenía su serpiente, ¿cierto?

Suficiente introspección melancólica. Quitándose el albornoz de toalla, Raven se puso el vestido de verano que había adquirido por cinco libras en la tienda benéfica *Oxfam* durante las Pascuas. Lo alisó con las manos, disfrutando de la sensación del suave algodón sobre sus piernas. A diferencia de ella, ninguna de sus compañeras debía comprar ropa en oferta. El naranja brillante de la prenda combinaba a la perfección con su tono de piel color bronce. Como accesorio, eligió un collar verde y anaranjado, que encontró en el mismo negocio pero en la sección *Fairtrade Craft*. Le retiró la etiqueta que mencionaba la cooperativa de mujeres de Bangladesh que lo había confeccionado. Por un instante, su mente viajó alrededor del mundo



hasta un cálido cobertizo a la orilla del río, que había sufrido una inundación durante varias semanas. En comparación con aquel nivel de dificultad, era muy estúpido angustiarse por un teléfono averiado. *Cálmate, Raven.*

Afuera sonó la campana que anunciaba el comienzo de la cena. Antes de abandonar su habitación, tropezó con un sobre que habían arrojado por debajo de la puerta. Creyendo que se trataba de un folleto sobre actividades escolares, lo abrió con descuido. De inmediato cayó al suelo una fotografía suya que llevaba dibujado, con marcador, un puñal atravesando su cuello, de donde manaba sangre. No era gracioso. La estrujó con furia y la arrojó en el cesto de basura del baño, ya que no quería tenerla dentro de su dormitorio.

La imagen le dejó un sabor amargo en la boca y una sensación desagradable en el estómago. En lo más profundo de su ser, siempre sería la pequeña niña atemorizada que había perdido los cimientos de su vida al mismo tiempo que a sus padres, y que trabajaba duro para que aquella faceta suya no saliera a la superficie. En su antigua escuela había aprendido a no mostrarse débil, lo cual era como la sangre derramada en el agua en presencia de tiburones. Solamente su abuelo la conocía tal cual era, pero ella disimulaba frente a él para no preocuparlo. ¿Por qué alguien profesaría semejante odio hacia ella?

A pesar de que no la recibirían con entusiasmo, sintió la necesidad de rodearse de gente para ahuyentar la terrible imagen de la fotografía.

Empujando la pesada puerta de emergencias del corredor, descendió a través de las escaleras angostas. La habitación

que compartía con Gina se ubicaba en lo que antiguamente habían sido los dormitorios de los sirvientes. El edificio principal de la escuela contaba con cuatro plantas divididas en sectores de mujeres y de varones; en el cuarto piso se alojaban los estudiantes y en el segundo y el tercer piso, estaban las aulas. La sofisticada planta baja de techos altos había servido de casa señorial medieval y luego había devenido castillo, bajo la dinastía de los Tudor. En términos generales, el colegio tenía trescientos alumnos pupilos. El castillo Westron era simplemente la sucursal inglesa de la exclusiva Unión de Colegios Internacionales. Junto con las otras veinticinco escuelas alrededor del mundo y con la Asociación de Alumnos, la cantidad de estudiantes llegaba a los diez mil, los cuales formaban una poderosa elite. Su abuelo estaba entusiasmado por que la hubieran aceptado, ya que pensaba que, al graduarse en una institución como aquella, tendría el porvenir asegurado. Y mira qué *bien* venía todo.

Repentinamente sonó el *gong* en el vestíbulo. Llegaba tarde. Dándose prisa, Raven atravesó varias puertas. Luego de saltar los últimos escalones y segundos antes de que se cerrara, alcanzó la entrada del comedor. Las reglas eran muy estrictas: si no había una buena excusa para llegar con demora, tenían que saltarse la cena. Afortunadamente, aquella noche su abuelo estaba encargado de la puerta. Alzó una de sus tupidas cejas mientras le permitía el paso.

—¡Gracias! —murmuró ella.

Él le dio una palmada en el hombro y se marchó a su oficina ubicada junto a la cocina; su pequeña silueta encorvada pronto desapareció tras una de las numerosas barreras antiincendios.



La antigua arquitectura del edificio había sido brutalmente modificada para instalar prevenciones contra incendios, como puertas vaivén y salidas de emergencia. Ella hubiera deseado que se quedara para hacerle compañía pero, como de costumbre, su abuelo eludía el trámite de comer con los estudiantes. Por el contrario, los profesores no eran tan afortunados; su asistencia era obligatoria.

Raven entró sigilosamente y cerró la puerta tras ella, sintiéndose demasiado expuesta sin su amiga Gina. Como era de esperar, era la última en llegar y casi todos los asientos estaban ocupados. El comedor, a diferencia del decorado, no tenía un estilo baronial con pesadas mesas de roble, sino que contaba con mesas circulares, que podían plegarse cuando el espacio se utilizaba con otros fines. Los alumnos debían aprender el arte de la conversación ceremonial, para lo cual los profesores los dividían en grupos de diez, animándolos a cumplir con los modales y a entablar conversaciones inteligentes. Al menos eso era lo que el programa prometía a los padres, ya que, en realidad, las mesas se armaban de acuerdo con los que se encontraban dentro del círculo y los que no. Los profesores preferían sentarse en su propia mesa y chismorrear entre ellos, permitiendo que los estudiantes debatieran los estatus sociales sin árbitros de por medio.



Raven observó el lugar con detenimiento. Si bien se encontraba en la oscuridad, su tardía entrada había captado la atención de las chicas. Muchas de ellas le echaron un vistazo y luego

comenzaron a susurrar entre sí. Pudo imaginar lo que estarían diciendo: *allí está la ladrona; siempre supimos que era ella.*

Se preguntó cuál de ellas le habría dejado la fotografía. Era terrible que alguien hubiera dedicado la tarde a planear semejante maldad. Apostaba a Hedda y su banda, pero ahora que sabía lo que sus compañeras pensaban de ella –la desdichada de clase baja–, había comenzado a ver enemigos en todos los rincones del lugar. Nadie la había defendido y siempre lo recordaría.

Afortunadamente, los chicos parecían ajenos a la situación. Cuando se encontró con Adewale, un amigable compañero nigeriano, él simplemente le devolvió la sonrisa y continuó con su conversación. Una lástima que no hubiera espacio en su mesa.

Evitando cualquier otra batalla, decidió no sentarse junto a las chicas. Como su lugar habitual al lado de la mesada para servir ya estaba ocupado, se deslizó hacia una silla vacía de la misma mesa pero en el otro extremo, del lado derecho. Era un sitio estratégico desde el cual podía observar todo el comedor y tenía la ventaja de que no conocía a los dos jóvenes que se encontraban allí. Al menos ellos ignorarían la tensión de fondo.

–Hola, ¿eres nuevo en Westron? –preguntó ella alegremente, simulando no estar preocupada por la atmósfera de la sala. Gracias a sus experiencias pasadas en una escuela *complicada*, estaba acostumbrada al peligro y, de alguna manera, su situación en aquel establecimiento había cambiado. Ya no estaba tan segura de encontrarse a salvo. Si bien no tenía que lidiar con traficantes de drogas como antes, notaba algo muy... *extraño*



en el Westron postvacaciones. Luego reflexionaría sobre todo aquello. Por el momento, centraría su atención en los recién llegados.

El de cabello despeinado que estaba a su derecha la ignoró por completo, aparentemente absorto en un *Sudoku* de *nivel avanzado*. Fantástico, se había ubicado junto a un genio –uno bastante atractivo, por cierto–. Deseosa de salir de esa situación, miró por encima de él, hacia el otro desconocido que se encontraba más lejos.

–Hola, soy Raven.

Esta vez su saludo no cayó en oídos sordos.

–Hola, Raven. Mi nombre es Joe Masters.

Joe no solo tenía una voz encantadora con acento de la costa oeste como el de ella, sino que su sonrisa parecía ser el sol que venía a iluminar su día nublado. Llevaba el cabello muy corto y su tono de piel era un poco más oscuro que el de ella. *¿Efecto final?* Hermoso.

–Entonces, tú... ¿recién ingresas a la escuela, Joe?

–Así es, empezamos hoy.

*¿Empezamos?* ¿Eso significaba que él y Sudoku venían en paquete?

–Ah, estupendo. Espero que tengan una buena adaptación. Quiero decir, ya que es extraño entrar a esta altura del año.

Joe repiqueteó suavemente los dedos de la mano izquierda contra la mesa, cual pianista practicando la línea de los bajos.

–No pudimos evitarlo, Raven, porque nos han expulsado de nuestro antiguo colegio.

Raven se preguntaba si estaría bromeando, ya que parecía demasiado alegre al respecto.



–¿Cómo?

–El profesor aquí presente hizo estallar los laboratorios. Yo solo fui un inocente espectador, su señoría.

Los ojos risueños de Joe disfrutaban de la expresión del rostro de Raven.

–Oh, sí, claro. Por supuesto que lo fuiste. Totalmente.

Joe le demostró con un gesto que apreciaba su ironía.

–Siempre lo culpo a él. Jamás se molesta en defenderse, ¿no es cierto, Kieran? –dijo mientras le daba un codazo a su amigo.

–Ajá.

El chico completaba las grillas a la velocidad de la luz. Raven sospechaba que estaría inventando las respuestas; sin embargo, chequeó a escondidas el primer cuadrado sin poder encontrar error alguno.

Aparecieron los camareros con el primer plato, que consistía en una sopa hirviendo que servían con un peligroso cucharón por encima de los hombros de los alumnos. Como la mayoría de los mozos eran hombres poco entrenados, los antiguos estudiantes sabían cuándo debían reclinarse. El joven Sudoku no lo hizo a tiempo, pero sorprendió a Raven al colocar rápidamente una servilla antes de que cayeran las gotas sobre él, sin perder su aparente concentración.

–¿Es siempre así? –preguntó ella.

–Difícil de creer, pero sí –respondió con una sonrisa indulgente y luego cortó en migajas un panecillo–. Tú crees que no te ha prestado atención, pero te equivocas.

–Sí, claro.

–No, estoy hablando en serio. Oye, Key, deja eso y saluda a la estupenda chica que está sentada a tu lado.

–Da pena lo fácil que es. Ni siquiera sé por qué me molesto en hacerlo –el joven dejó caer el papel al suelo.

–Te tomas la molestia porque si tu pobre cerebro no tiene algo en lo que enfocarse, se aburre y comienza a engullir sus propias células.

–Ajá. No es demasiado científico, pero puede que tengas razón.

Sudoku se acomodó, revelando su excepcional altura. Tenía envidiables bucles castaños y los pómulos muy pronunciados, como la exagerada versión de una escultura de la aristocracia británica. Raven evocó la imagen de un caballo de pura sangre, inquieto y delicado. Los recién llegados opacaban a todos los otros chicos de su clase. Supuso que serían extremadamente populares y que se rodearían de amigos y chicas, o bien –esta opción le parecía la más acertada– serían envidiados por ser tan atractivos.

–Bueno, ahora concentra tu mente colosal en tu compañera, Key.

Considerando que Kieran podría valer la pena, Raven decidió ayudar repitiendo su presentación:

–Hola, soy Raven –exclamó extendiéndole la mano.

–Ya sé quién eres –él la miró detenidamente pero, en lugar de estrecharle la mano, tomó su cuchara.

Ella dejó caer la mano sobre la falda. Bien, como quieras, señor Arrogante. Claramente él ya la había eliminado de su lista. Aquello le hacía muchísimo daño.

–Ahora entiendo, ¡te digo mi nombre y ya sabes todo sobre mí! Vaya, no necesitas devolverme el saludo ni preguntarme nada. ¡Anda, debes de ser demasiado inteligente!

–Te presento a Kieran Storm. Y créeme cuando te digo que en serio te conoce. Sabes cuál es tu altura, tu peso, tu historia de vida. Incluso debe conocer tu... número de calzado –le dijo guiñándole el ojo y riendo por el sarcasmo.

Aquello parecía poco probable, ya que el joven no la había mirado ni le había prestado atención a sus pies o a otras medidas.

–Creo que tengo una clara imagen de tu amigo, Joe: un metro ochenta y cinco de altura, tal vez un metro noventa; británico; blanco; demasiado inteligente para nosotros, el común de los mortales; educación elegante en alguno de esos colegios ingleses que dicen ser públicos cuando en realidad son privados, como Eton, Harrow u otro similar, hasta que fue expulsado –pronunció la última frase con deleite. Le hubiera encantado haberlo presenciado.

–Continúa –exclamó mientras revolvía la sopa de tomate y pimiento rojo para que se mezclara con la crema fresca. Estaba muy entretenido.

–Necesita que tú lo ayudes a vestirse con elegancia –dijo Raven.

–¡Justo en el clavo! Ese soy yo, su asesor de imagen, ¿cómo lo supiste?

–Llevas un traje de *Ralph Lauren*...

–Un diseño de segunda mano –añadió Joe.

–Y tú amigo también viste uno...

–Conozco a un hombre muy importante.

–Pero probablemente él tomó la camisa del armario de su padre o de su hermano menor porque le queda demasiado corta de mangas. Imagino que la debe tener puesta desde la

mañana y, como estaba tan concentrado con el *Sudoku*, debiste obligarlo a ponerse un traje decente. A diferencia de ti, no se molestó en elegir otra camisa que combinara mejor. ¿Cuán cerca estoy?

–Oye, Key, ¡tienes un rival! ¡Tiene razón en casi todo lo que dice!

Kieran alzó la vista y la miró por primera vez. Sus ojos eran de un asombroso color verde esmeralda, de una intensidad casi sobrenatural. El corazón de Raven dio un vuelco al advertir que la visceral atracción que había sentido desde el principio se había tornado diez veces peor. Ella era una mariposa nocturna y él, una llamarada de fuego. Resultado: alas chamuscadas.

–Nada mal –su voz no era fría, sino profunda y distante, como si para él fuera difícil comunicarse con las personas del planeta Tierra.

–Y eso, Raven, es una gran cumplido viniendo de mi amigo. Felicidades –Joe le estrechó la mano pasando por encima de la comida de Kieran.

–Gracias –Raven tomó un pequeño sorbo de sopa, intentando recobrar el equilibrio–. Entonces, ¿cuál fue mi error?

Kieran cortó unas migajas de pan con sus largos dedos y las desparramó sobre la sopa. Antes de concentrarse en su plato, la miró nuevamente.

–La camisa es mía. He crecido.

–Así es, jamás se compra ropa. Puede usar una misma prenda hasta que se rompa o se la escondamos en algún lugar –dijo Joe.

–¿Escondamos? ¿Quiénes?

–Los chicos de nuestra antigua escuela. Sí, ellos –por un instante, Joe pareció preocuparse.

–Pero ¿tú le compraste el traje?

–Me lo obsequiaron. Ambos compartimos un generoso...

–Kieran buscó la palabra exacta– *padrino*.

–Me encantaría tener uno también –dijo Raven pensando en su teléfono–. Entonces, solamente acerté algunas cosas. Ahora veamos lo que tú sabes sobre mí.

Sus palabras la intrigaban, ya que estaba convencida de que el chico no le había prestado la más mínima atención en ningún momento.

Kieran terminó su sopa antes de responder.

–¡Vamos! La intriga me está matando.

–Como quieras –Kieran alejó el cuenco vacío y se reclinó en la silla para estudiarla con detenimiento. Raven tenía la sensación de que nadie la había mirado tan de cerca hasta aquel momento. Él era similar a un escáner de resonancia magnética pero con forma humana, que lograba revelar todas las capas posibles.

–Dispara, nomás –ella se cruzó de brazos, preocupada por la invitación que había hecho.

–Raven Stone. Diecisiete años de edad. Nieta del conserje escolar, Robert Bates. Asistes a esta escuela desde hace tres años, lo cual explica tus dos acentos, el británico y el norteamericano. Padres difuntos. Uno de tus padres era oficial de la armada estadounidense, el padre probablemente. Sí, sí, por supuesto, tu padre ya que la madre era inglesa, idiota –se golpeó la frente–. Padre afroamericano que estaba orgulloso de ser heredero del movimiento por los Derechos Civiles.



Esto último es tan obvio que te pido disculpas por haberlo mencionado.

–¡¿Cómo lo...?!

Joe hizo un gesto con la cabeza en señal de que dejara continuar a su amigo.

–Mides un metro sesenta y te gustaría ser más alta. Talle ocho, o seis americano, aunque la conversión nunca es exacta. No tienes demasiado dinero, compras en *Oxfam*, *Fairtrade*, lees libros de papel y no e-books. ¿Continúo?

Era muy bueno, tenía que reconocérselo. Pero de todas maneras, a Raven la irritaba la calma con la que analizaba sus hábitos y personalidad.

–¿Cómo sabes todo esto? ¿Has estado en mi habitación o algo así?

–No. Todo lo que necesito saber está aquí mismo.

–Supongo que sabes mi número de calzado también, ¿verdad, detective Storm?

–Número cinco. Puedo adivinar educadamente otras medidas, si lo deseas –respondió, con sus cejas levantadas ante su sarcasmo.

Joe contuvo la risa.

–No, gracias –respondió Raven rápidamente.

–Y has tenido una pelea con aquella chica pelirroja a causa de... –Kieran se acarició el caballete de la nariz con su largo dedo índice– ...a causa de su bolsa ridículamente grande.

–Creo que debes detenerte antes de develar todos mis vergonzosos secretos –expresó Raven sorprendida.

–Oh, no eres la clase de personas que guarda secretos. Al contrario, eres un libro abierto, generalmente honesta,

prefieres ser franca y directa antes que sutil y taimada. Sin embargo, debajo de tu aparente fortaleza, ocultas una faceta tímida y frágil, como en este momento que evitas mis ojos.

Naturalmente, aquello significaba que ella debía forzar su mirada para desafiarlo. Pero de inmediato se arrepintió, ya que los ojos de él la cautivaban como una especie de rayo abductor de *Star Trek* absorbiendo el pequeño barco de *Enterprise*.

–Detente, amigo, antes de que ella te dé un puñetazo en el rostro –dijo Joe, tapándole la boca.

–¿Cómo sabes sobre la pelea... y todo lo demás? –preguntó Raven, bajando la mirada en dirección a la mesa.

Kieran no parecía comprender que la había avergonzado. Simplemente disfrutaba de su radiante inteligencia.

–Es muy simple: tus prendas hablan por sí solas. Has arrancado una etiqueta del vestido y un hilo de algodón cuelga del borde, lo cual muestra que es ropa de segunda mano. El collar fue elaborado en Bangladesh. Probablemente, los adquiriste al mismo tiempo para que combinaran. Eso implica que los compraste en *Oxfam*. Hay muchísimas sucursales en la ciudad. En cuanto a la disputa, las chicas de allí han estado mirando en tu dirección desde que ingresaste en la sala y la mayoría de los comentarios iban dirigidos a la pelirroja, quien ha aferrado el bolso durante toda la cena, como si esperara que tú se lo quitaras o algo semejante.

Tenía razón: el bolso estaba allí. ¡Tanto alboroto sobre algo que ni siquiera había sido robado!

–¡La imbécil no lo había perdido!

–Sí, lo había extraviado –continuó Kieran–. Tu abuelo lo había cambiado de lugar cuando lo encontró debajo de la mesa

al final del almuerzo. Luego se la entregó a la secretaria de la escuela y le pidió que avisara a las estudiantes. La escuché a la secretaria llamando a la pelirroja hoy, al venir para aquí.

Entonces, esa era la razón por la cual todavía la culpaban a ella. Creían que su abuelo la había cubierto.

En su interior, el rencor luchaba contra la curiosidad, pero finalmente triunfó la última.

–¿Cómo supiste que habíamos tenido una pelea?

Kieran se detuvo un instante mientras le retiraban el plato vacío y le servían cordero con papas por segunda vez.

–El ligero rasguño que tienes en el cuello insinúa una riña entre mujeres –hizo un gesto con sus uñas cortas–. Y también hay un magullón en tu ojo izquierdo. De hecho, ahora que lo pienso, eran dos contra una, ¿verdad? Sí, así es, dos chicas contra ti. Por el estado del moretón, debe de haber sido después del mediodía.

Ella lo miraba con fascinación mientras él cortaba la carne con una precisión casi quirúrgica.

–¿Algo más?

–Tu teléfono. Se ha averiado o te lo han robado.

Él masticaba el cordero cuidadosamente, porción por porción.

–¡¿Cómo diablos lo sabes?! –lanzó Raven, soltando el tenedor.

–Porque aquella chica ha estado moviendo su teléfono en dirección a ti, en señal de que posee algo que tú no tienes.

–Guau, muy bien –dijo Raven sin emoción–. Así que tú eres... ¿el hijo natural de Sherlock Holmes?

–Imposible, ya que él es un personaje de ficción basado en Joseph Bell, un profesor de Medicina de Edimburgo, pionero en...



–Suficiente información, Kieran. Ella estaba bromeando –expresó Joe en voz baja.

–Gracias. Puedes regresar a tu juego –Raven decidió abandonar la comida. Si su comportamiento sería examinado microscópicamente, prefería que fuera por alguien cercano y en privado–. Un gusto conocerte, Joe.

–Antes de partir, Raven, ¿tenía razón acerca del Movimiento por los Derechos Civiles? –Joe aferró la manga de la camiseta.

Kieran resopló mientras añadía otra cucharada de salsa de menta a su plato.

–Así es, estaba en lo cierto.

–Brazalete –murmuró Kieran.

Raven giró la muñeca para que Joe pudiera leer la inscripción en la pulsera de plata. *Yo tengo un sueño.*

–Claramente, un ejemplar americano de 1960 que se refiere al discurso de Martin Luther King. La fecha sugiere que es una reliquia familiar.

Era el último obsequio que su padre le había dado antes de partir del país con la armada hacia el sendero de la explosión. Raven lo acarició en actitud protectora.

–Es muy lindo –dijo Joe.

Kieran engulló su comida; la demostración de su intelecto le había abierto el apetito.

–Para ser exactos, está bañado en plata, lo cual evidencia que no tiene mucho valor.

–*Para ser exactos*, significa todo para mí –Raven le dio la espalda y se marchó.

